

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XIV



C. S. I. C.
1977
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO
DE
ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XIV



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1977

SUMARIO

Páginas

EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Actividades del Instituto de Estudios Madrileños durante el año 1976, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	9
---	---

ESTUDIOS

Del Fuero de Madrid, por <i>Florentino-Agustín Díez</i>	17
Historia del abastecimiento de aguas a Madrid. El papel de las aguas subterráneas, por <i>Pedro Emilio Martínez Alfaro</i>	29
José de la Torre, en la Real Cartuja de Santa María del Paular, por <i>Virginia Tovar Martín</i>	53
El Arte del Paular en los documentos del Archivo Histórico Nacional (Continuación), por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	69
El convento del Carmen de Madrid en la primera fase de su historia, por <i>Fray Balbino Velasco, O. Carm.</i>	89
El Oratorio de San Felipe Neri de Alcalá de Henares (1694-1729), por <i>Ángel Alba</i> ...	123
Tráfico de alabanzas en el Madrid literario del Siglo de Oro: II: 1616-1625, por <i>José Simón Díaz</i>	197
Felipe IV y el Real Monasterio de la Encarnación, por <i>José del Corral</i>	203
Plazas de toros de madera de la Puerta de Alcalá (1741-1748), por <i>Francisco López Izquierdo</i>	241
Notas geográfico-históricas de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el siglo XVIII (Continuación), por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	261
Un madrileño olvidado: Carlos Pablo de Amallo y Manget, por <i>Maximino Marcos Álvarez</i>	287
Registro de audiencias de Isabel II (1857-1867), por <i>Enrique Pardo Canalis</i>	313
Las elecciones a Cortes en el Madrid de 1876: fraude y plebiscito fracasados, por <i>Ángel Bahamonde Magro y Julián Toro Mérida</i>	317
La publicidad en las calles madrileñas durante el siglo XIX, por <i>María del Carmen Simón Palmer</i>	339

	<u>Páginas</u>
El trazado de la Gran Vía como transformación de un paisaje urbano, por <i>María Eulalia Ruiz Palomeque</i>	347
En torno a algunos edificios oficiales de nuestra capital y a las obras artísticas que albergan, por <i>Fernando de Olaguer-Feliú y Alonso</i>	359
El Presupuesto general ordinario de gastos del Ayuntamiento de Madrid y sus dotaciones para Enseñanza, Cultura, Deportes, Fiestas y Turismo, por <i>Antonio Aparisi</i>	381
El equipamiento telefónico de Madrid, por <i>Aurora García Ballesteros</i>	401
Notas para un estudio económico de la exhibición cinematográfica madrileña, por <i>Angel Luis Hueso Montón</i>	419
«Azorín» en dos ocasiones. (En torno a unas consideraciones sobre Moratín), por <i>Mariano Sánchez de Palacios</i>	435
El turismo en la vida madrileña: sus corrientes de afluencia y sus implicaciones socioeconómicas, por <i>Manuel García Gallardo</i>	439
Vicente Aleixandre, Premio Nobel, por <i>José García Nieto</i>	463

**UN MADRILEÑO OLVIDADO:
CARLOS PABLO DE AMALLO Y MANGET**

MAXIMINO MARCOS ALVAREZ

Nos proponemos trazar en estas líneas un ligero esbozo de este madrileño ilustre, médico militar y polifacético escritor (cultivó la épica, la lírica, el teatro, la novela, la biografía, el ensayo) que, si bien fue celebrado y tenido en alta estima en su tiempo —como prueban los elogios que tanto de él como de su obra hacen, entre muchísimos otros coetáneos suyos, Manuel Díaz y Rodríguez, el Dr. Méndez y Manuel Curros Enríquez—, cayó, luego, en el más completo de los olvidos¹.

Nació Carlos Pablo de Amallo y Manget en Madrid el 4 de noviembre de 1841. Fueron sus padres don Carlos de Amallo y Cerla y doña Dolores Manget y Bueno².

Una vez terminados sus estudios elementales, cursó Filosofía en el, entonces, famosísimo Colegio del Doctor Masarnau³.

¹ JULIO CEJADOR Y FRAUCA, en su *Historia de la Lengua y Literatura Castellana*, tomo IX, página 137, Madrid, 1918, cita las 8 obras siguientes: *La guerra*, *Los autómatas*, *La Zoópolis*, *Ecos perdidos*, *Historia crítica de Miguel Servet*, *Ackanghey*, *Letario* y *Obras póstumas* (no especifica ninguna de las en el último título contenidas). En cambio, ANTONIO PALAU Y DULCET, en su *Manual del librero hispano-americano*, tomo I, Barcelona, 1948 (2.ª edición), ya sólo cita 4: *Los autómatas*, *Historia crítica de Miguel Servet*, *Letario* y *Obras póstumas* (da el título particular de cada una de las 4 obras póstumas), que corresponden a los números 10682-10685, respectivamente, de su *Manual*.

² Casó Carlos Pablo de Amallo y Manget con doña Adela Díaz Vereda, a quien dedica *Ecos perdidos* e *Historia crítica de Miguel Servet*; fallecida ya en 1888. Tuvo, por lo menos, 3 hermanos: Vicente, a quien dedica *La guerra* y *Lo que es el mundo*; Francisco, a quien dedica *La corona nupcial*; y Carlos, a quien dedica *Letario*.

³ Hacia 1840 (*El País*, 10 de agosto de 1913) [en 1841, según ANGEL SALCEDO RUIZ, *Historia de España (Resumen crítico)*, Madrid, 1914], fue creado el *Colegio preparatorio para todas las carreras*, más conocido por *Colegio Masarnau*, de su propietario, fundador y director, don Vicente Santiago de Masarnau, profesor de Física en la Universidad Central y fallecido el 21 de diciembre de 1879, quien hizo venir de Alemania, «para que le ayudase a desenvolver su pensamiento de crear un gran Centro docente», a su hermano

Obtuvo el grado de Bachiller en Artes en 1859.

Siguió la carrera de Medicina, realizando sus estudios de Medicina y Cirugía en el Colegio de San Carlos, donde se impartían las enseñanzas propias de esta especialidad.

Aprobó el ejercicio de Licenciatura el 13 de octubre de 1866, obteniendo el título de Licenciado en Medicina el 26 del mismo mes y la investidura de dicho grado el 30 del mismo mes y año⁴.

En la biografía que aparece al frente de sus *Obras póstumas* (Madrid, 1910), entre otras cosas se dice: «Y cursó el Doctorado.» Pero obra en nuestro poder una fotocopia del Expediente Académico de don Carlos Pablo de Amallo y Manget y en parte ninguna de él consta la obtención o investidura de este grado o la expedición del correspondiente título. Ni en ninguna de las múltiples recensiones de sus libros se le llama Doctor. De donde deducimos que o es pura invención de su entusiasta biógrafo o que, si comenzó los estudios de Doctorado, los abandonó más tarde⁵.

«Hizo igualmente estudios superiores de Matemáticas, y poseía el idioma francés, inglés, italiano y alemán» —nos dice asimismo su anónimo biógrafo-editor—⁶. De sus conocimientos del inglés no podemos dudar, pues tradujo, al menos, una obra de Medicina escrita en ese idioma. Además, son numerosos los textos en inglés con que gusta de encabezar sus poemas. También aparecen no pocos de estos encabezamientos en italiano y en francés. Y en caso ninguno se toma la molestia de dar su versión en castellano.

Antes aún de concluir sus estudios de Medicina, prestó asistencia voluntaria y gratuita —en su calidad de miembro de la *Sociedad «Amigos de los*

Santiago Vicente, músico eminentísimo y piadosísimo varón, cofundador, en París, con Ozanan, de las *Conferencias de San Vicente de Paúl* e introductor de las mismas en España.

Ocupaba el «local que había sido Convento de las Monjas Bernardas, llamadas vulgarmente las Vallecas (porque en este pueblo se inició su fundación), donde hoy [1914] están las casas denominadas de Fornos».

En este Colegio estudiaron Práxedes Mateo Sagasta, Alejandro Mora, marqués de Casa Riera; Emilio Alcalá Galiano, conde de Casa Valencia; Francisco Salabert, marqués de la Torrechilla; Mariano Ramón Zarco del Valle, introductor de Embajadores; Ricardo de Alzugaray, subsecretario de Gobernación; Gregorio Cruzada Villaamil, director general de Correos; Gabriel Fernández Cadórniga, director general de Administración; Ildefonso Rojo y Alvarez, inspector general de Telégrafos; Leandro Rubio, director general de Beneficencia y Senador; Ambrosio Moya, catedrático de Matemáticas en el Instituto del Cardenal Cisneros... (cfr. E. F. D., «El Colegio Masarnau», en *El País*, n.º 9.535, del 10 de agosto de 1913, y ANGEL SALCEDO RUIZ, *ob. cit.*, págs. 685-686).

⁴ *Obras póstumas*, Madrid, Jaime Ratés, 1920. «Prólogo». Confunde hechos y fechas.

⁵ ¿Comenzaría, ya entonces, a experimentar ese sentimiento de descontento y de insatisfacción de lo que a su alrededor veía, que parece atormentarlo a lo largo de su existencia, llenándolo de preocupante desasosiego?

⁶ *Obras póstumas*. Prólogo.

Pobres— a los atacados del cólera, desde el 17 de octubre de 1865 hasta que desapareció este terrible azote de epidemia que llenó de dolor y luto no pocos hogares españoles, aun cuando, en esta ocasión, no llegó a ser tan virulenta y perniciosa como la de 1834. Dato, éste, muy digno de ser tenido en cuenta, por cuanto la filantropía, el amor a la verdad y el espíritu de convivencia serán la norma a la que procuró ajustar su vida, su doctrina y sus acciones Amallo y Manget. No otra cosa pretenden, significan y son sus poemas *La guerra* y *Los autómatas*, su leyenda *Letario* y su valiente apología *Historia crítica de Miguel Servet*.

Apenas obtenido el título de Licenciado en Medicina y Cirugía, es nombrado Médico de la Beneficencia Municipal, en la que desempeñó los servicios de guardia y de sección hasta 1867⁷.

El 15 de noviembre de 1867, previa oposición, ingresa en el Cuerpo de Sanidad Militar en calidad de 2.º Ayudante Médico, siendo destinado al 2.º Batallón del Regimiento de Infantería de Almansa, de guarnición en Vitoria. Toma posesión de su destino el 5 de diciembre (del mismo año)⁸.

«Por R. O. de 29 de Abril de 1868⁹ se dispuso pasase á continuar sus servicios á la Isla de Fernando Poó con el empleo de 1.º Ayudante médico de Ultramar con arreglo á lo prevenido en R. O. de 26 de Julio de 1865 y en atención a que fue designado por la suerte en el sorteo verificado en la Dirección General del Cuerpo para cubrir dicha plaza. En 8 de Mayo de 1868 salió para dicho punto, deteniéndose en Madrid por estar suspendido el embarque para Ultramar desde 1.º de Mayo á 1.º de Setiembre; á mediados del mismo mes fué acometido de una pulmonía biliosa de la que no quedó restablecido hasta Enero de 1869, y dispuesto á emprender su marcha para Fernando Poó, supo que el Gobierno provisional había suspendido el embarque p.º dicha Isla, por lo que solicitó continuar sus servicios en la Península, concediéndoselo el Gobierno en 5 Febrero de 1869, como también el grado de 1.º Ayudante médico que con arreglo al Decreto de 10 de Octubre de 1868 le corresponde, anulándole al mismo tiempo el empleo de 1.º Ayudante de Ultramar y sin derecho al abono de sus haberes¹⁰ durante el tiempo que

⁷ Expediente Militar. Cuerpo de Sanidad Militar. Dirección Subinspección de Valencia. A él corresponderán nuestras citas, siempre que expresamente no se indique otra cosa. O lo indicaremos simplemente con las siglas E.M.

⁸ Su biógrafo omite fechas y demás detalles.

⁹ En este año hace su presentación por vez primera (que nosotros sepamos) en el mundo de las Letras con su poema —verdadero Manifiesto de su ideología liberal— en honor d.º Riego.

¹⁰ Pero concediéndole la antigüedad de 28 de septiembre de 1868.

estubo en dicha Isla ¹¹. En 16 de Febrero fue destinado por el Excmō. Sōr Director Grāl del Cuerpo al 2.º Bōn del Regim.¹⁰ Inf.⁴ de Murcia y se incorporó á últimos del mismo en Vitoria en donde continuó hasta 26 Octubre último en que salió para Valladolid con su Bōn á donde llegó el 27 del mismo y continuó el resto del año ¹², hasta el 19 de enero de 1870.

En 19 de abril de 1869 fue nombrado Médico Primero por antigüedad. Pero este cargo sólo lo desempeñó durante cinco años, cinco meses y once días. Pues, lastimado en su dignidad, desilusionado de cuanto le rodeaba... y víctima de una aguda y exasperante crisis..., renunció brusca e ilegalmente —y poco elegantemente— a él, apelando a una especie de «huida de todos y de todo» que hizo que sus Superiores lo emplazasen y le formasen expediente por deserción y desacato. De ello hablaremos más largamente en el momento oportuno.

En 19 de enero de 1870, «por disposición del Excmō. Sōr Director General del Cuerpo», es destinado al 2.º Batallón del Regimiento de Infantería de Valencia, al que se incorporó en Melilla el 29 de marzo, embarcando el 20 de mayo para Málaga, adonde llegó a los dos días (22 de mayo), tras azarosa y arriesgada travesía.

En Málaga permaneció hasta el 22 de septiembre en que nuevamente «embarcó con su Bōn con dirección á Melilla». Otra vez regresó a Málaga el 15 de octubre, y el 16 estaba de nuevo en Melilla. El Gobierno y los distintos Partidos políticos se azacanaban y debatían en la búsqueda del personaje que habría de regir los destinos de España, dando al traste con una Regencia tan ambicionada como incómoda. Cada cual oteaba los horizontes de su propia conveniencia, más que los intereses y conveniencia de la nación. Desde la *Revolución de Septiembre* de 1868 que derrocó a la Monarquía, destronando a Isabel II, andaban revueltos los tiempos y los hombres, inquietos y desasosegados los ánimos. Y, en el ambiente militar, se mascaban aires de inseguridad y desazón y presentimientos de tragedia que iban a cobrar cuerpo de realidad en el asesinato del general Prim (30-XII-1870). No había, pues, apenas «permisos» en el Ejército. Y los que se concedían o eran muy breves y por un motivo grave, o las ausencias del lugar de destino llevaban anejo el cumplimiento de una secreta «misión de servicio». Y una «misión de servicio» —y sólo esto— fue lo que hizo a Amallo y Manget cruzar en varias ocasiones el Estrecho. Pero él era un médico-cirujano

¹¹ Pequeño *lapsus memoriae* del escriba militar, pues acaba de decir que fue suspendido el embarque para Ultramar desde 1.º de mayo (fecha en que no había embarcado aún) a 1.º de septiembre, a mediados de cuyo mes contrajo la «pulmonía biliosa» de la que no se repuso hasta enero de 1869.

¹² E.M.

excelente, no un excelente político¹³. Y estos viajes relámpago le resultaban, además de molestos, enojosos y degradantes: se sentía cómplice y ejecutor de algo que le repugnaba intrínsecamente. No sabía fingir ni halagar. Y, así, lo que a otros hubiera podido servirles de trampolín para el medro le sirvió a él de motivo y ocasión de disgustos, pretericiones y malquerencias que dejaron en su alma severa y adusta, pero noble, un resabio de amargura, de desencanto y de desgarró íntimo, y en su alma y en sus labios un inocultable —y no ocultado— desprecio y odio a la vanidad, al orgullo, a la audacia y ambición militar y, con ello, a la milicia y a todos los profesionales de las armas y de la guerra.

El 12 de enero de 1872 «salió para Málaga, á donde llegó el 13, emprendiendo el 14 del mismo la marcha con su Bón p.^a Sevilla, donde llegó el 15». Aquí permaneció hasta fin de febrero. Pero ya el 15 de este mismo mes de febrero, «por disposición del Excmō. Sōr Director Grāl del Cuerpo», se le destina al Batallón de Cazadores de Arapiles, de guarnición en Granada, al que se incorpora el 27 de marzo.

El 1 de mayo salió con su Batallón hacia Madrid, desde donde prosiguió viaje «para el distrito de Vascongadas y Navarra», llegando a Vitoria el 8 de mayo, tras siete días de marchas agotadoras. Y agotados llegaron a su destino todos. Y muchos, enfermos.

Tras breves días de descanso, partió para Navarra en persecución de las partidas carlistas que, aprovechando el desconcierto político y las «intrigas palaciegas», se habían hecho fuertes, una vez más, en el país vasconavarro y en Cataluña.

El 19 de junio de 1872 tiene lugar el choque de su Batallón con las tropas carlistas en las Fuentes de Bardoyzar (Navarra), donde se comportó como un auténtico héroe¹⁴. Su presencia de ánimo, sus palabras de aliento a los

¹³ De su afición (l) a la política (mejor, politiquería, politiquismo) y de sus sentimientos hacia ella y hacia sus cultivadores hablan bien claro estos versos suyos:

«La política es sólo una carrera.
Carrera infame, que lo más sagrado
con planta vil desapiadada huella,
de la que nada hay nunca respetado,
que todo lo confunde y lo atropella» (*La guerra*, págs. 23-24).

«Todo ambición es sólo enmascarada,
ambición nada más, sólo ambición...
Una mentira es todo, descarada...
... ¿Qué queda a la política,
si se le quita la ambición raquílica?» (*Ibíd.*, pág. 24).

¹⁴ El mismo dejará escrito en *La Zoópolis*, pág. 34:

que luchaban, su infatigable atención a los heridos y su arrojo —rayano en temeridad— contribuyó, en gran medida, a la victoria alcanzada sobre las huestes enemigas que, contando a su favor con el perfecto conocimiento del terreno, se batían con bravura inusitada.

En operación de limpieza de enemigos continuó en Navarra hasta el 14 de julio en que fue trasladado a Cataluña, «llegando a Molíns del Rey el 24 del mismo, formando parte de la columna de operaciones á las órdenes del S̄or Rostritu, incorporándose al día siguiente en Villafranca con el Cuartel Gr̄al, continuando sus operaciones hasta el 16 de D̄bre que regresó á Barcelona con su B̄n, habiéndose hallado en la acción del Carmen en 14 de julio contra las facciones de Sanz¹⁵ y Cadizaire, el 23 [de julio] en la de S.^a Pedro de Torrelló mandada por el S̄or Coronel La Hoz contra Saballs¹⁶ y Estartus, en 17 de Agosto en San Pedro de Torrelló, mandada por el 1.^{er} Gefe del B̄n Cz̄a.^a de Arapiles S̄or Arriba contra Saballs, Huguet y Viladeprat, en 31 del mismo con la mandada por el coronel Fajardo contra las mismas partidas regresando a Barcelona. Por R. O. de 2 de D̄bre fué trasladado al 2.^o B̄n del Regimiento de la Reina habiendo jurado la Constitución Democrática de la Nación en 1869 en Vitoria y habiendo prestado juramento de fidelidad a S. M. el Rey Don Amadeo 1.^o en 29 de Enero de 1871».

Aunque un poco extenso el documento que acabamos de transcribir, hemos creído que merecía la pena hacerlo y ofrecerlo en su integridad, tanto por los pormenores que contiene como por la curiosa mezcolanza de nombres y fechas y situaciones y hechos presentes y anteriormente acaecidos.

El 27 de enero de 1873 llegó a Granada. El 3 de febrero sale de Granada, con su Batallón, para Málaga. Y el 4 de abril, «por orden de la Dirección

«Tan sólo de quien me ataca
con justicia me defiendo,
pues así es como comprendo
que mate un hombre de bien.
Del que a hacerme daño viene
me es indiferente el nombre,
lo mismo animal que hombre
lo mato con lealtad.
No porque yo goce en ello...
Aunque me parezca justo
lo mato contra mi gusto...
sólo por necesidad.»

¹⁵ Hubo otro general carlista de apellido Sanz, fusilado, por orden de Maroto, en 1839.

¹⁶ Francisco Saballs (o Savalls) y Massot. General carlista nacido en La Pera (Gerona) en 1817. Actuó desde la 1.^a guerra carlista hasta 1876. Capitán en 1840. General y Jefe Supremo de la tropas carlistas de Valencia y Cataluña (1872). Condenado a muerte y huido a Francia en 1876.

Grál de Sanidad militar», es trasladado al Hospital Militar de Santa Cruz de Tenerife, «en el que no llegó a presentarse», por habersele ordenado el 14 de junio que pasase al Hospital Militar de Valladolid, de cuyo destino tomó posesión el día 1 de julio.

El 8 de agosto del mismo año (1873) fue trasladado, «por orden del Gefe de la Sección de Sanidad Militar del Ministerio de la guerra», al Hospital Militar de San Sebastián, donde prestó sus servicios como médico, hasta que, el 1.º de septiembre [del mismo año], por orden de la misma Superioridad, pasó al Hospital Militar de Madrid, y, «por otra disposición de la referida superior autoridad», pasó, el 13 del mismo mes, al Primer Batallón de Infantería de Zamora, de guarnición en Málaga.

Añádase su prestación de asistencia facultativa al Regimiento de Caballería de Bailén, en Salvatierra (Alava) y Pamplona, en 1869; reconocimiento de Quintos de la provincia de Jaén, en 1870, y su paso de Estepona a Ronda en comisión de servicios (23-IX-1870 a 8-XI-1870) y tendremos una más completa idea de lo ajetreado de la vida militar de Amallo y Manget.

Por demás sospechosos y llamativos nos parecen estos continuos cambios de residencia de nuestro médico militar. ¿Qué decir ante ello? ¿A qué se debían? ¿Eran voluntarios y expresamente solicitados por Amallo y Manget, o eran imposición de las Autoridades Militares? Si eran solicitados por él, ¿de qué provenía tan frecuente y agotador cambio de lugar de destino? Si eran cambios impuestos por la Superioridad, ¿qué movía a ésta a ordenarle tanta movilización? ¿Qué secreto se encierra en esta agitada (a veces, inexplicable) itinerancia? ¿Hubo alguna fricción entre el médico Amallo y Manget y las Jerarquías Militares? Misterio y enigma. Enigma y misterio. Pero algo grave debió de ocurrir que provocase la innegable tirantez existente entre el altivo médico militar y sus Superiores¹⁷. Papeles suyos, hoy perdidos, y obras concluidas y ya dispuestas para la imprenta, pero de las que el mismo Amallo y Manget dice que «ni se han publicado ni se publicarán nunca», tales como *Filosofía popular*, podrían verter no poca luz sobre esta parcela de su vida que, como vemos, aparece poblada de las más densas tinieblas. Tras un detenido examen de su vida y de su obra, no nos cabe

¹⁷ En 1873 estaban ya escritos (aunque se publiquen en 1874) los poemas *La guerra* y *Los autómatas*, que rezuman sabor a libelo difamatorio de los altos mandos militares, a los que acusa de ambición insaciable de honores y de gloria y de medro económico y político, sin importarles sacrificar la vida de los soldados, «paria de la sociedad» (*La guerra*, pág. 11), «Máquina... tan sólo / para morir y matar» (*ibid.*, pág. 12), «autómata viviente» (*ibid.*, pág. 13).

la menor duda de que su carácter independiente, que le permitió escribir, sin temor a ser desmentido,

«Por eso yo que nunca en los festines
entone servil canto,
libre como del aire en los confines
el ave vuela, en son de triste llanto
mi libre voz aquí levanto»¹⁸,

fue lo que le atrajo el posible enojo y enemiga de quienes, infatuados por el puesto que ocupan, no toleran que nadie se mantenga con la frente erguida ante ellos y en todo sospechan insubordinación y rebeldía y atentado contra su autoridad.

La obra de Amallo y Manget de esta época destila hiel, rezuma insatisfacción y hastío ambiental, sensación de frustración. Se había venido fraguando la tempestad. Y tenía que estallar dónde, cuándo y como menos pudiera pensarse. Y el momento no se hizo aguardar.

El 21 de mayo de 1874 es trasladado a Valencia para ponerse «a las órdenes del Brigadier Calleja en plaza reglamentaria por aumento transitorio de plantilla». Pero no se presentó en Valencia hasta el día 23 de agosto, «manifestando de oficio, el mismo día, que la causa que le impidió su incorporación oportunamente a su destino, fué haber padecido una hemotipsis, que no justificó en debida forma». Sus justificaciones resultaron inútiles, más, contraproducentes. No sólo no fueron admitidas como excusas legítimas, sino que se las consideró amañado subterfugio para eludir la disciplina castrense.

Esta falta de crédito a su palabra¹⁹ acabó de exasperarlo. Fue la gota última y precisa para que el vaso de su paciencia se desbordase. Podía, aunque haciéndose no pequeña violencia, soportar menosprecios inmerecidos, humillaciones inicuas, órdenes carentes de toda lógica y sin posible explicación. Podía... Pero él, que había hecho de la verdad el norte y lema de su vida, no podía tolerar ni estaba dispuesto a consentir que no se diese a su palabra toda la fe y todo el valor a que ésta era acreedora, que se le tildase de hipócrita y embustero.

¹⁸ A Riego, pág. 4.

¹⁹ Creemos de un alto valor autobiográfico los versos siguientes que él pone en boca de uno de los personajes de *Letario*, pág. 117:

«¡Jamás mi labio mintió!...
Si así el rey hablarme osara,
¡juro a Dios que al rey matara!
¡¡Nadie a dudar se atrevió
cuando Hugo Belloch hablara!!»

Así pues, «salió de Valencia el día 3 de Sbre en cuya fecha remitió una instancia pidiendo la licencia absoluta, para presentarse a la Brigada del Brigadier Calleja, que se encontraba operando en el Centro, pero sin dar parte de su marcha de oficio ni verbal, según está dispuesto. Dicho Oficial no se presentó en su destino y apesar de las gestiones hechas por la Dirección Subinspección de Valencia para averiguar su paradero no pudo conseguirse, lo que dió lugar á la correspondiente formación de sumario. Por orden de 15 de setiembre se dispuso por el Presidente del Poder Ejecutivo de la República fuera dado de baja en el Cuerpo de Sanidad militar, interin el consejo supremo de la guerra informaba acerca de los derechos que le corresponden».

Así rompió los lazos que le mantenían ligado al Ejército el médico militar Carlos Pablo de Amallo y Manget.

Por Real Orden de 7 de julio de 1872, se le concedió la Cruz roja del mérito militar de 1.ª clase por su brillante comportamiento en la acción de las Fuentes de Bardoyzar (Navarra), el 19 de junio de dicho año.

También por Real Orden de 16 de enero de 1873, se le otorgó la Cruz sencilla de Isabel la Católica por los relevantes servicios prestados en Melilla «durante los sucesos ocurridos [sublevación de las kabilas y ataque de éstas a la ciudad de Melilla] desde el 23 de septiembre de 1871 al 15 de enero de 1872».

El 26 de noviembre de 1875, S. M. el Rey D. Alfonso XII le concede licencia absoluta para retirarse del servicio, «con aplicación de los efectos de que trata la Orden de 28 de Febrero de 1873, único que le corresponde por sus años de servicio conforme a la ley vigente».

Finalmente, S. M. el Rey Alfonso XII, por Real Cédula de 16 de agosto de 1877, le concede la Cruz de 1.ª Clase de la Orden del Mérito militar por su heroica conducta «en la acción que tuvo lugar contra los carlistas en las Fuentes de Berdoyrar (*sic*), el diez y nueve de junio de mil ochocientos setenta y dos».

Fue, según hace constar él mismo en la portada de su *Historia crítica de Miguel Servet*, Académico de número de la Academia Médico-Quirúrgica española y Socio de la de Ciencias Físicas, Naturales y Climatológicas de Argelia.

Nada más, en concreto, sabemos (ni ningún dato nuevo memorable hemos podido conseguir, pese a nuestras prolijas indagaciones) acerca del resto de su vida, fuera de lo que él mismo nos proporciona en sus dedicatorias.

rias. Tal vez se aplicó a sí mismo e hizo suyos los conocidos versos de Fray Luis de León —víctima, como él, de la sociedad de su tiempo—:

«Dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado.
Y con pobre mesa y casa...,
... a solas su vida pasa,
ni envidiado ni envidioso»²⁰.

Lo cierto es que parece habérselo tragado la tierra. Y sólo la aparición de sus escritos²¹ —excesivamente espaciados, a nuestro juicio— hacían saber

²⁰ FR. LUIS DE LEÓN, *Obras completas castellanas*, B.A.C., Madrid, 1944, pág. 1495.

²¹ Damos a continuación la lista de sus obras A) ciertas y B) posibles.

A) *A Riego*. [Poema épico-lírico.] Madrid, Establecimiento Tipográfico Popular, 1868; *La corona nupcial*. Leyenda en verso. Madrid, Viuda e Hijos de Galiano, 1871; *La guerra*. Poema [épico-lírico-satírico en verso]. Madrid, Aribau y Cía., 1874; *Los autómatas*. Segunda parte de *La guerra*. Madrid, Serafín Landáburu, 1874; *El Día de los muertos*. Meditación poética. Madrid, M. Minuesa, 1878; *La Zoópolis*. Semi-poema extravagante. Madrid, M. P. Montoya y Cía., 1883; *Ecos perdidos*. [Poemas en verso.] Madrid, F. García Herrero, 1888; *Historia crítica de Miguel Servet*. Madrid, Establecimiento Tipográfico de F. Pinto, 1888; *Ackanghey*. El sueño de la vida. Madrid, Escuela Tipográfica del Hospicio, 1892; *Pasatiempos*. Cuadro dramático. Escuela Tipográfica del Hospicio, 1892; *Letario*. Leyenda autofilosófica del siglo XI. Madrid, Pedro Núñez, 1893; *Obras póstumas: La ermita del Guadarrama*. [Novela histórica]; *El sacrificio de amor*. Leyenda. [En verso]; *Lo que es el mundo*. Leyenda. [En verso]; *La Virgen del bosque*. [Leyenda en verso.] Madrid, Jaime Ratés, 1910.

B) *Los arrastrados*. Cuadro de costumbres. (No nos ha sido posible encontrar esta obra. Figura en la lista de *Obras publicadas del mismo autor* inserta en la contracubierta de *Letario* con los datos siguientes: Madrid, Pedro Núñez, 1893. Pero MANUEL DÍAZ y RODRÍGUEZ, en *La Correspondencia militar* de 6 de agosto de 1888, acota: «*Los arrastrados* se titula la [obra] publicada antes que los *Ecos perdidos*», que, como se sabe, se publicaron en 1888. Ante esta contradicción de fechas, hemos optado por incluirla en el apartado B); *La cruz del cementerio*. Poema. Citado como obra suya por el propio AMALLO y MANGET en *La ermita del Guadarrama*, cap. VII, donde, tras copiar un fragmento (que emplea como lema), dice textualmente: «EL AUTOR, *La cruz del cementerio*, c. VII.» Sólo sabemos de su existencia por esta cita, que da *Obras póstumas*, pág. 60; *Filosofía popular*. Citada como suya por AMALLO y MANGET en *Letario*, capítulo XXXVIII, donde coloca una frase de dicha obra como lema, y en nota 12 dice así: «Este *Tratado de filosofía popular* no se ha publicado, y probablemente no se publicará nunca, porque, como la *Patogenia ante la razón*, era muy probable que fueran mal interpretadas y produjeran un efecto muy diferente del que el autor se proponía»; *Immerich*. Poema. Citado (tomando de él un fragmento como lema) por el propio AMALLO y MANGET en *Ackanghey*. El sueño de la vida. Al comienzo de la página 125; *Influencia del arte sobre el corazón humano*. Citado en *Obras póstumas*, prólogo, pág. VI; *Las sombras*. ¿Correspondería este título con el de *Ackanghey*? Para mí no ofrece la menor duda. Pero... figura como a punto de ser terminado en *La Caridad*, Madrid, 1877; *El sueño de un artista*. Citado por AMALLO y MANGET en *Ecos perdidos*, «El amor universal», donde, página 72, nota 1, se dice lo siguiente: «Esta composición es la escena V del acto 3.º del drama *El sueño de un artista*, y la siguiente, la VII del acto 2.º»

Aquí no ofrecemos más que aquellas obras de Amallo y Manget que puedan tener relación con la literatura o interés auténticamente literario. Excluimos de nuestra lista,

que aún existía, que aún estaba vivo el hombre que, en época de ininterrumpida efervescencia bélica y de predominio —casi dominio absoluto y total— de los militares metidos a políticos, tuvo la valentía de escribir contra la guerra y el estamento militar poemas como *La guerra* y *Los autómatas*.

Sólo siete años (de 15 de noviembre de 1867 a 3 de septiembre de 1874) vivió Amallo y Manget en contacto con los hombres del Ejército. Pero le fueron lo suficientemente desilusionadores como para llevarle a la terminante decisión de abandonar su empleo en la milicia (obtenido por Oposición) y echar por la borda su presente y su porvenir (si, tal vez, no brillante, sí seguro y granjeador de admiración y respeto. Piénsese que tenía, en estos momentos, treinta y tres años solamente). Pero Amallo y Manget era un hombre íntegro, todo un hombre. Y juzgó más noble y digno renunciar a su seguridad económica que poner en peligro su auténtica personalidad y su propia dignidad humana. Quizás, a los ojos de un mundo metalizado y egoísta, haya realizado una jugada ruinosa. Pero hemos de confesar que ha sido una jugada valiente y de lealtad a los dictámenes de su conciencia. Tal vez esta falta de conformismo, amén de su claridad en la conducta y en la expresión, que le llevó a la intransigencia con eufemismos acomodaticios y con turbias actuaciones ha sido la causa primordial del olvido a que se han visto condenados sus obras y su nombre. Mas nadie podrá quitarle el honor de no haberse traicionado a sí mismo, ni la satisfacción íntima de haber cumplido con un deber sagrado: no aherrojar con cadenas de falsa gloria el libre vuelo de su espíritu y mantener siempre encendida la llama augusta de su culto a la verdad. Y merecer que puedan aplicársele a él aquellos mismos versos que un día él dedicara al general Riego:

... He nacido
cristiano y caballero.
Como he nacido muero,
tomad ejemplo en mí.²²

Carlos Pablo de Amallo y Manget fue un hijo de su tiempo y una víctima de su tiempo. Tanto en lo sociopolítico como en lo literario.

pues, sus artículos y ensayos de exclusivo asunto médico y de valor marcadamente científico.

(De las obras incluidas en el apartado B) no hemos podido ver ninguna y sólo conocemos de ellas los fragmentos aparecidos en las citas.)

²² A Riego, pág. 12.

Nacido (1841) en la plenitud del Romanticismo y llegado al campo de la literatura (1868) cuando aquél había ya periclitado y perdido todo su poder creador y sólo seguían cultivándolo los que no supieron o no quisieron adaptarse a las nuevas corrientes (excepción hecha de los dos geniales «románticos rezagados»: Rosalía de Castro y Gustavo Adolfo Bécquer), participa de todas las características de ese período de transición. Es, en efecto, escritor de una época de transición y con un bagaje innegable de vacilación-oscilación y eclecticismo, como corresponde a todos los momentos de transición.

Como, por otra parte, era hombre de vasta y variada lectura, todo cuanto ha leído tiene reflejo en su obra. Hay, en ella, la ironía de Cervantes —no su humanísimo humorismo— (salvadas las enormes distancias existentes entre el genio y el imitador), cuya sencillez y naturalidad de expresión admira y aplaude; la sátira mordaz, corrosiva, de Quevedo (pero sin ser Quevedo; por lo que emplea, en vez del fino y penetrante estilete, el rudo y aplastador mazazo)²³; el sentimiento de desilusión y desengaño pesimista, barroco, muy a lo Calderón²⁴; la rotundidad musical y la variedad métrica de Zorrilla, a quien imita demasiado de cerca²⁵; la versificación voluntariamente prosaica (por excesivo afán de verismo y de intencionalidad docente) a lo Bartrina y Campoamor²⁶; y la engolada entonación neorromántica a lo

²³ Descúbrese en Amallo y Manget una incoercible enemiga contra el culteranismo. Pero —como ocurría en el siglo xvii— hay en su obra no pocas expresiones abiertamente culteranas. Cfr. *Letario*, «passim».

²⁴ Tras recordar la brevedad de la vida y sus miserias, narra cómo al lado de la tumba en que reposa un hombre ilustre, está la de un servil y degenerado; al lado de la sencilla fosa en que yace una joven virgen, se yergue

«El túmulo soberbio y magestuoso
de una impura cortesana...
Que al terminar sus breves existencias,
todos los hombres, todos, son iguales
y no existen humanas diferencias
debajo de las losas funerales» (*El Día de los muertos*, pág. 10).

Cfr. *ibid.*, págs. 8, 12 y 14, principalmente.

²⁵ Cfr. *La Zoópolis*, «El contrabandista», págs. 27-36. Y *El sacrificio de amor*, donde aparece un Don Juan que participa del personaje zorrilesco y un Don Lope simbiosis de «un castellano leal» (Duque de Rivas) y de «el médico de su honra» (Calderón).

²⁶ Cfr. *Pasatiempos*. Pero en *Ecos perdidos*, pág. 5, dice paladinamente: «No soy de los poetas que se usan, de esos que escriben sobre un tema dado, sin sentir lo que dicen, y aun las más de las veces sintiendo lo contrario de lo que escriben, de esos que cantan lo que la opinión pública celebra, sólo porque celebrándolo muchos han de ser gratas a la generalidad sus obras; de esos que lisonjean a los pueblos o a los poderosos divinizando sus hechos, faltando en ello a las leyes de la verdad; de esos, en fin, que ensalzan las victorias de los ejércitos, que divinizan a los hombres, que entonan cantos en loor de las virtudes, sin creer en ellas, y escriben como por oficio, procurando sólo lisonjear a las gentes.»

Echegaray, amén de una mezcla de tragedia y melodrama⁷⁷, con rasgos de naturalismo, aunque un tanto sensiblero y dulzarrón⁷⁸.

El mismo nos dice que «enemigo acérrimo de todo lo que no es verdadero, y aleccionado por una prematura y dolorosa experiencia, soy poco susceptible de entusiasmo»⁷⁹. Ya, más arriba, apuntábamos que una verdadera tragedia se gestaba y estaba desarrollando allá en lo más íntimo de Amallo y Manget. Hay, en su obra, pasajes en que parece haber perdido su serenidad y compostura: se ha roto el equilibrio —y con él la elegancia y gallardía espiritual— entre la voz de dentro y las voces de fuera. Su alma está lacerada y dolorida. Y dolor transpiran sus versos y su prosa, e irritación y gritos de rabia le produce y hace proferir ese secreto, pero no acallado, dolor.

Es su obra, toda, una obra de dolor. Todo lo ve negro, fatídico. Ni un solo resquicio se deja a la esperanza. Ni una sola gota de bálsamo se destila sobre la llaga abierta y pusmanante. Sólo dolor, desgracia, tristeza, muerte. Y, si, en algún momento, asoma el triunfo de lo noble y hermoso y, con ello, la promesa o logro de un futuro risueño y halagador, esto ha tenido que construirse sobre el olvido heroico de ruinas desoladoras y de montones de cadáveres hacinados por el odio y la traición. (Lo que no compensa el sacrificio que se ha hecho.) Por eso, si se aspira a ser, por algún tiempo, feliz, hay que huir lejos, abandonar el lugar y la morada sobre los que pesa el estigma de la maldición, de la injusticia, de la violencia y del crimen.

No hay espacio para el optimismo y el ensueño. En ese juego de luces y de sombras en que se desenvuelve el existir de los humanos, son los colores negros, grises o violetas del dolor, del infortunio y de la muerte o los chillones, crispadores, de la envidia y de la sangre los que destacan sobre todos los demás, hasta casi ocupar por entero todo el círculo de la vida.

No es su visión la visión de los escritores del 98. Pero el mismo pesimismo, la misma amargura, la misma agriez, la misma sensación de impo-

⁷⁷ Cfr. *Letario y Pasatiempos*.

⁷⁸ Valga, como ejemplo, la siguiente décima:

«Y entre los cuerpos sangrientos
mil insectos asquerosos
pululan, más numerosos
haciéndose por momentos
y fatídicos, hambrientos
más y más buitres llegando,
entre ellos aleteando
se ven allí confundidos
con sus lúgubres graznidos
aquel horror aumentando» (*La guerra*, pág. 50. Cfr. págs. 48-52).

⁷⁹ *Ecos perdidos*, pág. 6.

tencia (en los del 98, más bien, abulia) hay en sus expresiones, broncas, verdaderos gritos desgarrados —y desgarradores—. Y uno mismo es su origen: el alma, su alma. Les llega el dolor al alma y les sale del alma.

Pero son muy distintos los motivos. Unamuno, Machado, etc., cantan-lloran el dolor del hijo de Castilla, el dolor de España: les duele España. Amallo y Manget no canta-llora el dolor de unos hombres, el dolor de una nación, sino el dolor de todos los hombres y de todas las naciones: el dolor universal. La Humanidad sujeta al dolor. La Humanidad endolorida. Aunque, en múltiples ocasiones, sean los propios hombres —por ignorancia, o por irresponsabilidad, o por empecinado orgullo, o por visceral perversión— la causa de ese dolor, que, a fuer de universal, se hace dolor concreto, dolor de algunos hombres, dolor de cada hombre.

Toda su obra parece presidida e inspirada por el dolor y el infortunio. Precisamente, las obras en que Amallo y Manget alcanza mayor fluidez y elevación poética —*Sacrificio de amor* y *Letario*— son las obras que más acentuadas presentan estas dos notas, que delatan el entronque del autor con el fenómeno romántico, hecho al que ya en otra ocasión hemos aludido ³⁰.

Son las escenas lúgubres y los paisajes —naturales o anímicos— teñidos de angustia, misterio, soledad..., los más valiente y certeramente trazados. Muchos de estos cuadros semejan copia fiel de su propio momento, de su estado de ánimo, de sus proyectos, ilusiones, sueños... fracasados... y amargos desengaños ante la realidad seca, áspera, dura, impasible e inmisericorde de la historia, de la sociedad y de la vida.

Milicia y campo de batalla es la vida del hombre sobre la tierra (Job, VII, 1): luchar, matar, para poder subsistir; luchar, matar, para llegar a ser, para llegar a realizarse; luchar, matar, para triunfar, dominar, alcanzar gloria y poder. ¡Este parece ser el destino del hombre! ¡Triste destino del hombre!...

Quizás por esta desilusionada concepción de la vida, por haberle tocado vivir una época de convulsión casi ininterrumpida —momentos de verdadera epilepsia nacional— y de desbordamiento de las más bajas pasiones humanas, y, por una «prematura y dolorosa experiencia», en su mente y corazón se ha engendrado y almacenado el más incontenible y furibundo

³⁰ Vamos a tomar algunas expresiones confirmatorias del «romanticismo» de Amallo y Manget: «monótono gemido», «nocturno trovador», «canción misteriosa», «melancólicos ecos», «lánguida indolencia», «silencio sepulcral», «rasgó dolorosamente el viento», «vagamente», «suspiros», «angustia», «leve delirio», «voz sombría», «acerbas lágrimas», «doliente luna», «tétrico dolor», «frenesí», «turbulenta confusión», «furor sangriento», «amor imposible», «triste corazón»...

odio hacia la guerra y la acusación más despiadada y paladina de los hombres que promueven, favorecen y alientan la guerra y viven de la guerra y para la guerra.

Condenará, execrará, maldecirá la guerra desde todos los ángulos y en todos sus aspectos. Denodadamente. Infatigablemente. Contra ella enderezará sus más acerados dardos. A ella apuntarán sus más envenenadas flechas. Le arrancará el hipócrita antifaz con que suele encubrir su verdadero rostro: *Política* es sólo apetencia desmedida de poder; *Patriotismo*, falsa o bobalicona patriotería; *Honor*, orgullo incontenido, desenfrenado; *Justicia*, venganza ruin; *Derecho*, afán de revancha...

Para lograrlo, renunciará a todo: a su porvenir de ciudadano libre y hasta a su cuidado estilo de escritor. En efecto, él mismo dirá explícitamente: «Respecto al estilo, que acaso será tachado de vulgar, diremos que hemos procurado adaptarlo al asunto»³¹.

Es consciente de lo que hace. Sabe que su obra será rechazada o mirada con recelo por muchos, porque dice grandes verdades y la verdad duele y suele ser amarga para ciertos paladares, como la luz produce escozor en los ojos enfermos. «Hay partes en él [el poema] que ni a mí mismo me gustan..., por lo que terminaré parodiando al gran Cervantes, diciendo al lector, que no me debe dar las gracias por lo que he escrito, sino por lo que he dejado de escribir»³². Sabe también que le echarán en cara y le criticarán duramente el que escribe en verso y sus poemas no ofrecen las galas literarias que suelen buscarse en lo que se llama *poesía* y por tal se conoce y se tiene. Por eso se anticipa a todos los posibles Aristarcos y pretende esquivar sus cuchilladas, exponiendo lo que él entiende por *poesía* y lo que es *poesía* para él: «La *poesía*, pues, se limita a recrear [= distraer, alegrar, divertir], ya sea entusiasmado bajo la forma grandiosa de la epopeya, ya entristeciendo dulcemente bajo la (de la) suave y melancólica de la elegía, ya provocando la risa con la jovialidad de la sátira, de la comedia o del epigrama. Recrear, pues, y hacer que pase el lector un rato agradable, es lo que yo me he propuesto únicamente al escribir la presente leyenda»³³. Porque, «la *poesía* (será lo que quiera para los dómnes literarios, de los que nada he aprendido), para mí no es más que la facultad de conmover dulcemente las fibras del corazón humano por medio del lenguaje. La verdadera *poesía*, pues, toda es sentimiento, toda verdad y toda natural»³⁴. Es

³¹ *Los autómatas*. Prólogo, pág. 8.

³² *La Zoópolis*. Prólogo, pág. 25.

³³ *La corona nupcial*. Prólogo, pág. III.

³⁴ *Ecos perdidos*. Prólogo, pág. 6.

apreciación suya muy peculiar. Y válida quizá sólo para él. No para la inmensa mayoría. Por ello se defiende atacando: «Las ridículas exageraciones del culteranismo del siglo xvii, el rigorismo de los clásicos del xviii, las chocarrerías de algunos poetas de varias épocas... y las adulaciones serviles de la generalidad de todos ellos en todos los tiempos, están, en mi concepto, fuera de la esfera de la *poesía*»²⁵.

Aunque él sabe que la historia es el gran poema escrito por toda la Humanidad y que en la poesía hay más verdad que en los tratados mismos de historia, apunta astuta y oportunamente lo que en ellas suele echarse de menos: «correspondencia» —hasta la fusión— entre lo que se dice y lo que se siente. Aquí está su fuerte: la sinceridad. Se sabe sincero. Y desea que todos sepan y confiesen que lo es. Que no basta con ser bueno; es preciso también parecerlo. «Y cuanto he escrito lo he creído o lo he sentido; jamás escribí una cosa que no creyera o sintiera, para producir un efecto determinado, jamás he celebrado batallas ni héroes, porque repugnándome el que el hombre derrame ferozmente la sangre del hombre; condeno en absoluto esos terribles actos de barbarie que la historia llama batallas... El hombre teñidas las manos con la sangre del hombre por él brutalmente derramada, no se presenta nunca ante mis ojos rodeado de la aureola gloriosa del héroe, sino marcado con el estigma repugnante del asesino»²⁶.

Amallo y Manget es un escritor enormemente serio y responsable. Tal vez con cierta natural complacencia y con ciertos atisbos de vanidad, pero con toda franqueza y gallardía, dice: «De todo lo malo o lo bueno que tenga, sólo yo soy el responsable, pues no he tomado el argumento de ninguna parte, ni he imitado ni procurado imitar a ningún autor antiguo ni moderno, ni he tenido maestro que me guíe, censor que me corrija ni amigos que me aconsejen»²⁷.

Nada se encuentra en sus obras que dañe a la vista o pueda ofender los oídos más castos. Sus escritos están severamente autocensurados. También, como Cervantes, estaría dispuesto a cortarse la mano con que las escribió, si supiese o simplemente sospechase que pudieran ocasionar el menor daño a cualquiera de sus lectores. Y, aunque en los momentos en que describe los efectos de la guerra —cadáveres que sirven de alimento a buitres, grajos, gusanos, etc.— aparece la descripción naturalista más cruda y repugnante, lo vela y salva la noble intención de apartar a los humanos de la guerra y

²⁵ *Ecos perdidos*. Prólogo, pág. 7.

²⁶ *Ecos perdidos*. Prólogo, págs. 8-9.

²⁷ *Ackanghey*. Prólogo, págs. 8-9. Cómo traen a la mente aquellas palabras que el Manco Divino estampó al frente de sus *Novelas Ejemplares*: «Yo soy el primero que he novelado en lengua castellana...» (O. C., Madrid, Aguilar, pág. 770b).

de las desastrosas consecuencias que ésta trae consigo. «Siendo, como digo —escribe—, mis escritos expresión exacta de mis ideas o sentimientos..., en ellas [sus composiciones en verso] no se recuerdan hechos gloriosos para la patria, ni se entonan cantos en loor de las hermosas damas, ni se parafrasean parajes de la Biblia (cosa que ha vuelto a estar en moda), ni se describen escenas picarescas de la vida, ni se formulan, ni mucho menos se resuelven problemas sociales, ni hay en ellas verdes equívocos, chistes picantes, ni maliciosas reticencias»³⁸. Es un poeta amoroso. No erótico. Ni, mucho menos, pornográfico. Por eso, al no halagar los oídos ni las bajas pasiones, no habrá nadie que «se acuerde de ellas», nadie que «repare en ellas» y «desaparecen para siempre, sin dejar una leve huella de su existencia solitaria»³⁹.

No puede esperar otra cosa que el silenciamiento de su obra y el olvido de su nombre. Es un autor sincero que se hace admirar y querer por su sinceridad. Pero sólo por su sinceridad. No es un autor atractivo, fascinador por la grandiosidad de los problemas que plantea y la profundidad y galanura con que los aborda. No. Pero, sobre todo, no es un adulator. No tiene espíritu de mercader ni vocación de pregonero. Narra lo que ve y canta lo que siente. Con desnudez. Con hosco realismo. Y el panorama que ofrece a sus ojos el medio en que se desenvuelve, es un panorama desolador y que sólo puede producir tristeza, ya que en él imperan la soberbia del poder, el orgullo del dinero, la ambición de medrar y el ansia de los placeres más bestiales. El, como el vidente de Patmos, parece convencido de que «Quod est in mundo concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitae» (Juan, Epístola I, II, 16). De ahí que su voz suene más a *Threni* que a *Carmen saeculare*:

«... Se ha perdido
el gusto para todo, ni las artes...
florece, ni las ciencias adelantan
ni los poetas cantan...
Ya cada cual tan sólo de sí cuida,
nada en favor de la nación se emprende,
porque sólo se atiende
al interés mezquino de la vida»⁴⁰.

Ese carácter suyo —«exacta y total correspondencia» entre *creer o sentir* y *escribir*— impuesto a su obra le ha hecho aparecer, literariamente, prosaico;

³⁸ *Ecos perdidos*. Prólogo, pág. 9.

³⁹ *Ecos perdidos*. Prólogo, pág. 10.

⁴⁰ *La Zoópolis*, pág. 64.

y, siendo, como es, amante de todo lo ennoblecedor y de las grandes creaciones del espíritu, se nos muestra asimismo como un entusiasta admirador del progreso material, científico, técnico, de resultados pragmáticos. Prefiere lo práctico más común a las más sutiles especulaciones que nada aportan al mayor bienestar y felicidad del hombre. «Arquímedes, Newton, Franklin y Watt, han hecho indudablemente más en la causa de la civilización que todos los epicúreos, estoicos, peripatéticos, tomistas, cartesianos, iluminados y monistas... Argumenta Aristóteles, Sócrates declama, sueña hermosas utopías Platón, educan con su ejemplo Epicteto y Marco Aurelio, predica San Agustín, subyuga Leibnitz, convence Kant y Schelling ofusca...; pero se descubre el vapor, se sorprenden las maravillas de la electricidad, y sus inmensas ventajas prácticas se difunden por el orbe entero»⁴¹.

Pero maldice y reniega del progreso y de sus adelantos, si éstos han de aplicarse a la destrucción y han de convertirse en instrumentos de ruinas y de muerte.

Y, con ello, tocamos «su» gran tema: el tema de la guerra. Aquí es donde Amallo y Manget se nos presenta como un escritor fuera de su tiempo, plenamente actual. El mismo se ha percatado de ello. Se ha adelantado a su tiempo. No en vano:

«Y entre sus ideas halla
muchas que raras parecen,
porque a su siglo adelantan»⁴².

El tema de la guerra da a su voz timbre profético y le trueca en valiente denunciador de peligros y en implacable condenador de las causas que provocan la guerra: abuso de poder, ambición insaciable, violación de derechos, sordera ante el llanto de los humildes que piden se les haga justicia..., de que, a la postre, será víctima la misma sociedad que las ha inspirado o consentido.

De nada vale la ciencia, de nada los avances en la civilización, si una conducta moral —basada en el sentimiento de fraternidad universal

«Una hominis speciaes (*sic*): infelicem
acorrere (*sic*); superbum abatire (*sic*)...»
«todos por vuestro origen, los humanos,
iguales en la tierra sois y hermanos»⁴³

⁴¹ «La Zoópolis. Prólogo, págs. 20-21.

⁴² *Letario*, pág. 280. Amallo y Manget supone a la guerra fruto primordial —por no decir exclusivo— de la ambición humana (con todas sus concomitancias y secuelas: envidia, falsedad, odio, traición, destrucción, exterminio...). De ahí que confunda en uno solo los conceptos ambición y guerra, y para uno y otro tenga un solo sentir: la execración. Cfr. *Los autómatas*, págs. 20, 26, etc.

⁴³ *Letario*, pág. 181.

no guía y modera cada uno de los actos del hombre, sustituyendo la ley de la fuerza por la ley de la razón y eliminando no sólo la violencia, sino hasta el menor conato de violencia; mejor, arrancando de raíz todo motivo de violencia. Porque «hoy que la civilización avanza a paso de gigante conduciendo a la sociedad humana hacia su perfección, hoy que la ignorancia y la barbarie de los pasados siglos causan al ser menos instruido compasivo desprecio; hoy que sometido todo al cálculo se trata hasta de nivelar la población de las naciones con sus productos; hoy que se aprecia lo que el tiempo vale con relación al trabajo y se tasan las horas y los minutos; hoy, en fin, que la inteligencia, avasallándolo todo justamente, ha colocado a la sociedad actual a una colosal altura sobre las sociedades que pasaron, *aun las cuestiones se resuelven por la fuerza*»⁴⁴.

De lo contrario, el progreso, más que ayudar y favorecer, perjudicará a la Humanidad, que llevaría en su propio seno un monstruoso elemento de desintegración y de ruina: «Si la ciencia, si la ilustración, si la civilización hija de ellas no va acompañada de la virtud y los instintos no están por ella dominados, ¿de qué sirven la civilización, la ilustración ni la ciencia? Si los sentimientos no se modifican, ¿para qué sirve el que la inteligencia se perfeccione? ¿Qué cosa hay más horrible que la sabiduría desprovista de virtud?»⁴⁵.

Por eso llama la atención (a la par que les ofrece un verdadero programa político) a todos los responsables —directos o indirectos— de la paz y prosperidad de los pueblos: «Sabios, legisladores, hombres que marcháis al frente de los pueblos, dad tregua a ese perfeccionamiento de la inteligencia, y perfeccionad los corazones, hasta que niveladas ambas perfecciones marchen a un paso constantemente igual y acompasado, que no se adelanten la una a la otra jamás, pero en caso de que así sea, que la inteligencia sea la que detrás se quede... La humanidad será tanto más feliz, cuantos más Vicentes de Paúl y Lavater existan y cuanto más escaseen los Maquiavelos y los Ciciolanté»⁴⁶. Nada respeta el hombre ni nada detiene al hombre cuando no actúa con la verdad por delante y en su corazón se alberga la falsedad. Ni tratados suscritos, ni compromisos sellados tienen valor alguno. Ante el hipócrita y el perjurio todo queda en papel mojado. Sólo la limpieza de propósitos y la nobleza de intención aseguran al hombre contra el hombre.

⁴⁴ *Los autómatas*. Prólogo, pág. 5. El subraye es mío, lo mismo que todos los que se den a lo largo de este trabajo.

⁴⁵ *Los autómatas*. Prólogo, pág. 6.

⁴⁶ *Los autómatas*. Prólogo, pág. 6.

«Más que sellos y rúbricas a cientos,
y escritos por un rey autorizados,
vale... una palabra dada
de buena fe, por la persona honrada»⁴⁷.

La paz engendra la felicidad en el individuo y el bienestar en los pueblos. Pero sólo se logra con la convivencia. Y sólo se consigue la convivencia cuando se sobrepone el interés común al interés particular, «y, dirigiendo al bien vuestras acciones», se vive en un ambiente de solidaridad que eleva a categoría de ley inviolable «el sagrado deber, entre vosotros, / de ampararos doquier unos a otros»⁴⁸. Ello presupone una generosa comprensión y el respeto al derecho de los demás. Porque, cuando no se refrenan las pasiones y se da rienda suelta al instinto ciego, surge la ambición engendradora de la discordia:

«¡Triste ambición de mandar,
cuánto amargas la existencia
de los hombres que a otros hombres
envanecidos gobiernan!»⁴⁹.

Entonces se invocará lo más sagrado, porque sólo sobre lo más sagrado podrá sentirse segura la iniquidad, hasta que, al serle arrancada la careta, se descubra la perversidad de sus planes y lo insensato del proceder de los que con su aplauso, con su silencio o con sus vidas le prestaron apoyo:

«La voz de *patria* con que el aire atruena
el patriota de oficio, es un horrible
sarcasmo que las almas envenena;
la *libertad*, un eco incomprensible;
la *justicia*, una burla de odio llena;
la *igualdad*, un engaño inconcebible;
la *religión*, que estúpido allá invoca,
una blasfemia de su inmunda boca»⁵⁰.

En efecto, la ambición (él la llama «fuente de todos los males que afligieron, afligen y afligirán a la humanidad a lo largo de los tiempos») salta por todo, lo avasalla todo, lo conculca y lo menosprecia todo: lo divino y lo humano, las leyes de Dios y las leyes de los hombres:

⁴⁷ *Letario*, págs. 176-177.

⁴⁸ *Letario*, pág. 181.

⁴⁹ *Letario*, pág. 189.

⁵⁰ *La guerra*, pág. 24.

«¿Se opone a la ambición la vida?... ¡Mata!
 ¿Se opone la verdad?... ¡Osado miente!
 ¿Se opone la justicia?... ¡La maltrata!
 ¿Se opone la razón?... ¡Se hace demente!
 ¿La propiedad estorba?... ¡La arrebatata!
 ¿Es la virtud?... ¡La huella irreverente!
 ¿Es Dios, el mismo Dios, el que se pone
 en su camino?... Pues ¡¡a Dios se opone!!»²¹.

El ambicioso no tiene ni patria, ni bandera, ni religión, ni sexo. Es un espécimen indefinible, al que sólo puede «definirse» por su total identificación con sus congéneres. En la práctica, los ambiciosos suelen tener, todos, identidad de fines y uniformidad de medios. Todos aspiran a «sobresalir». Y todos apelan a la astucia, a la violencia y al engaño. Carentes de escrúpulo y de todo sentimiento noble y generoso, no vacilan en sacrificar en provecho suyo la hacienda, la honra y la vida²² de los demás:

«Sucedió lo que siempre yo pensaba...
 sufre y pelea, estúpido soldado,
 cristiano o musulmán, pues eres ciego,
 no te querelles de tu suerte luego.
 Uno gana indulgencias peleando,
 otro sube al edén de las huríes,
 si cristianos parece destrozando,
 y el jefe, en tanto, así de los rumíes
 como el del musulmán, van dilatando
 sus dominios, los condes y walíes
 a su sombra enriquecen, y tiranos
 tu sangre explotan moros y cristianos»²³.

Reclutan hombres para luchar contra otros hombres, sin importarles que éstos tengan que llegar a la degradación de matar y convertirse, así, en asesinos. Es duro para cualquier hombre —hombre, no fiera— aceptar esta

²¹ *La guerra*, pág. 26.

²² Expresión bien calderoniana que, tristemente, confirma con ejemplos de los que él mismo ha sido testigo de excepción. (Cfr. *La guerra*, págs. 32-33.) «Sus ideas —conceptos que habrían pasado como hijos de una exaltación de la fantasía, cuando son realmente verdades harto desoladoras, *Los autómatas*, prólogo, pág. 3— son expresión de la verdad: nada más puedo decirles...» Y ofrece una serie de cuadros de la guerra «procurando pintarlos con los colores más propios que le ha sido posible [al autor] imitar del natural que ha copiado», nos dice en *Los autómatas*, Prólogo, pág. 8.

²³ *Letario*, págs. 26-27. Y lamentando la suerte del soldado:

«... Con mengua vil
 de tu noble dignidad,
 te hace ser necio instrumento
 de su desenfreno audaz,
 disponiendo de tu vida...» (*La guerra*, pág. 11).

«realidad» impuesta. Por eso, se encubrirá su crimen con el falso velo de «honor», «valor personal», «exigencia de las circunstancias»⁵⁴. Pero esto quizá no convence a todos y, menos aún, a los prudentes y sensatos. Por lo que, para que el hombre llegue a matar sin que experimente la menor repugnancia de su acción se le quitará la conciencia —y consiguiente idea de responsabilidad— de su crimen y se le arrancará o anulará la sensibilidad que instintivamente retrae de él⁵⁵.

De ahí que Amallo y Manget se irrite y se subleve ante el espectáculo de la bendición de las banderas de combate⁵⁶, en que se hace cómplice del crimen a la misma Religión, que debe predicar amor y paz entre los hombres.

Los hombres —soldados o mercenarios— son empujados, obligados a combatir, aunque en su interior se rebelan y maldicen de quien inventó la guerra, de quien provoca la guerra y de quien los lleva a matar a otros hombres, hermanos:

«Las cosas más sagradas maldecían,
de las cosas más santas blasfemaban,
las ideas más tristes halagaban,
las voces más horrendas proferían.

⁵⁴ En el poema *La guerra*, págs. 15-16, escribe estos versos dramáticos:

«Mata y yo te daré honor,
Mata, y célebre te haré.
Mata, y serás vencedor.
Mata, y oro te daré
para premiar tu valor.
¡Honor al que mata más,
necia humanidad, le das
en premio! ¡Absurda quimera!
El honor, de esa manera
no se ha adquirido jamás.» (Cfr., asimismo, págs. 16-17.)

⁵⁵ Con alma dolorida apostrofa al soldado:

«¡Pobre soldado, autómata viviente,
marcha, no sientas, ésa es tu misión...» (*La guerra*, pág. 13). Cfr. pág. 18.

⁵⁶

«Y en su necio desvarío,
absurdo de absurdo en pos,
¡hasta en los templos, impío,
que de matar le dé brío
se atreve a rogar a Dios!
Y osa, impío, colocar
delante del mismo altar
las banderas que, matando,
y de Dios la ley hollando,
logró en el campo arrancar.
¡Y aún con la sangre teñidas
de víctimas a millares,
las enseñas homicidas
las miramos ¡¡bendecidas
ondear en los altares!!!» (*La guerra*, pág. 17).

Como autómatas vivos caminando
segúan su carrera tristemente,
la muerte contemplando de sí enfrente,
la miseria, detrás de sí mirando.
Y en esta idea fijo el pensamiento,
las matadoras armas empuñaban...
Que de unos y otros la fatal sentencia
es la misma, por máquina obedecen,
por máquina destruyen y perecen
si pensar ni tener de ello conciencia»⁷⁷.

Hasta tal punto llega a cegar la pasión en los momentos de guerra, que no se acierta a distinguir bien y mal, vicio y virtud; y aun los ideales más sublimes y más queridos se truecan en vocablos hueros y carentes de su genuina significación:

«Los unos, otros tiempos parodiando,
—¡Viva la Religión!, locos gritaban;
—¡Viva la Religión!, e iban matando
al infeliz que en su camino hallaban.
Los otros, a los otros imitando,
—¡Viva la Libertad!, vociferaban;
y unos y otros los aires aturdían
con sus blasfemos gritos y mentían» (*La guerra*, pág. 19).

Octava real bien significativa de su pensamiento sobre la guerra, a la que añade un no menos valiente comentario:

«Pues la Religión que mata o incita a matar o apoya y premia el asesinato o no es Religión o es una Religión idólatra o atea... Y la Libertad que anhela únicamente tener hombres que mandar, Libertad que sólo se cifra en ¡Libertad! vociferar es sólo una Libertad de mucho estruendo, pero hueca, vana y absurda»⁷⁸.

Y quien, más que nadie, sale padeciendo es, precisamente, lo que debiera permanecer siempre incólume, intacto e intangible. ¡Amarga ironía! ¡Funes-ta perversión de los grandes conceptos religiosos y morales! El que más mata, el mayor asesino, es considerado vencedor y héroe, y es tanto más colmado de elogios, alabanzas, honores y recompensas, cuantos más muertos haya ocasionado o producido él mismo:

«¡Pobres de aquellos que en el campo mueren,
que llaman del honor por ironía!

⁷⁷ *Los autómatas*, págs. 16-17.

⁷⁸ *La guerra*, pág. 20.

El dolor que sufrieren
sólo será al morir su compañía,
y su muerte, sentida en la apariencia,
para hacer servirá más meritoria
la batalla cruel; que en la demencia
del hombre, siempre vil, siempre egoísta,
cuantos más muertos cuesta la victoria,
gloria mayor al vencedor conquista»⁹.

Pero serán vanas las alabanzas, vanos los elogios, vanos los premios, vanas las condecoraciones. ¡Algo inacallable grita en su interior! Ni él podrá librarse del remordimiento de haber matado, ni nadie podrá librarle del ignominioso título de asesino. Y asesino es todo el que da muerte u ordena dar muerte a un hombre:

«Que Dios al decir en Sina
al hombre "No matarás",
no eximió a nadie, y jamás
benedicirá al que asesina...
Y el mundo acata una ley
que, absurdo de absurdo en pos,
disculpa el faltar a Dios
con tal de agradar a un rey (*).
Matar en guerra es leal
y noble, ¡idea insensata!
El hombre que al hombre mata
¡siempre, siempre es criminal!
...Y si en cadalso soez
muere porque a la ley plugo,
¡criminal es su verdugo,
y criminal es su juez!»¹⁰.

El hombre es ser racional y las diferencias que entre ellos puedan surgir deben solucionarse con el diálogo y debe triunfar siempre la razón. En la guerra es la fuerza, no la razón, quien triunfa; así pues,

⁹ *La guerra*, pág. 43.

(*) La palabra *rey* no se refiere únicamente, aquí, a los monarcas, sino a todo hombre jefe de un Estado, sea Rey, Presidente, Legislador, etc. (*Nota del autor.*)

¹⁰ *La guerra*, págs. 44-45. Pero antes de estos versos, había escrito estos otros, francamente estremeceadores:

«Los que en el campo murieron
sobre la tierra maldita,
con sangre dejan escrita
la historia de lo que vieron.
Historia de enrojecidas
páginas ensangrentadas,
de los hombres celebradas,
pero de Dios maldecidas» (*La guerra*, pág. 44).

«No merece, no, ser hombre
el que a los brutos iguala,
fiando sólo a la fuerza
la justicia de su causa»⁴¹.

El espíritu del mal fue quien inventó la guerra para castigo de la humanidad, que se empeña en desoir las voces que la incitan al bien, al amor, a la convivencia pacífica, compartiendo penas y alegrías como algo común:

«Yo soy aquel que por castigo de la tierra,
inventó la cruel terrible guerra»⁴².

Pues la guerra no soluciona nada. En cambio se pierde mucho en ella. Viene a ser un gigantesco latrocinio en el que suele arrebatarse la salud, la integridad física y la vida: lo máspreciado del hombre:

[La guerra] «es el combate individual y aislado
de uno que roba y otro que es robado»⁴³.

Por eso la guerra no la provocan ni la hacen ni la aman más que los perversos y los locos. Pero sigue habiendo guerras en el mundo, y el mundo, así, es un mal disimulado manicomio: no duda en afirmar

«que el mundo es una jaula solamente
por la que andan los locos libremente»⁴⁴.

Y, teniendo presentes los efectos de la guerra —de los que Amallo y Manget fue testigo y los palpó en su propia carne—⁴⁵, no nos extrañará que de sus labios haya salido un vibrante «¡Maldita sea la guerra!»⁴⁶, con el que se adelantaba en casi siglo y medio al Presidente norteamericano Wilson, quien, con la misma frase compendia el final y los resultados de la primera Guerra Mundial (1914-1918).

Habla Amallo y Manget de que «la venganza es siempre estéril..., cuando no es perjudicial... Es como una planta maldita que, si da fruto, es un fruto dañoso, y si transmitida de generación en generación se perpetúa en los corazones, puede ser origen de males sin cuento, cuya idea sola haría horrorizar al más indiferente»⁴⁷; al paso que nada es tan eficaz como la conciliación plena, el olvido del pasado de hostilidad y el perdón generoso:

⁴¹ *Ecos perdidos*, pág. 38.

⁴² *Ackanghey*, pág. 16. (Cfr. págs. 16-17, 27-28 y 30-33.)

⁴³ *Los autómatas*, pág. 79.

⁴⁴ *Los autómatas*, pág. 82.

⁴⁵ Para los efectos de la guerra, ver *La guerra*, págs. 32-33. Ver, asimismo, *Los autómatas*, prólogo, pág. 7.

⁴⁶ *Los autómatas*, pág. 55.

⁴⁷ *La ermita del Guadarrama*, pág. 30.

«No hay mejor venganza que el perdón... Tal vez es mayor castigo que atravesarle [al enemigo] el pecho con vuestra espada. La muerte es sólo un momento que reduce al hombre a nada. Después de muerto el hombre no piensa ni siente; pero el hombre que ha cometido una falta y es perdonado... piensa en el delito que cometió y en la generosidad del que perdonó su falta... La conciencia no deja de manifestarle continuamente lo malo de su proceder y le da por eterno compañero el remordimiento, que aumentándose con la edad purifica su alma y hace un hombre virtuoso de un hombre criminal. No hay castigo que pueda conseguir tanto; el mayor de todos, la muerte, es insignificante comparado con él. La muerte es estéril; nada consigue, porque lo que es estéril no puede producir nada. ¿Qué adelantáis con tener a vuestros pies exánime a vuestro ofensor? Ya nada siente, ya nada os dice, le contempláis aún con furor, empuñada la espada, que no puede dar, a vuestro corazón más satisfacción ya, y sentís todavía en el pecho un vacío, vacío que no bastan a llenar ni la sangre vertida ni el cadáver palpitante de vuestro ofensor.

—Sí, sí... La venganza es una cosa inicua»⁴⁴.

Amallo y Manget, que parece un exaltado, un fanático pacifista, que se nos transfigura al hablar de la guerra y de los «belicosos», es un hombre sobremanera sensato. Sabe, sí, que sus palabras están cargadas de razón y confirmadas y respaldadas por la realidad de los hechos y por las enseñanzas de la Historia. Pero sabe también que, desgraciadamente, sus palabras de excitación a la paz y a la convivencia pacífica, fraternal, y sus execraciones de la guerra y sus causas serán voces en desierto. Porque, triste es decirlo, se escucha más la voz de la sangre que la voz de la razón. De ahí que, pese a todo su entusiasmo antibelicista y renovador de los sentimientos de los hombres, se vea forzado a confesar (acaso ésta sea la nota más amarga y pesimista de toda su obra: la derrota de su ideal y de todos los grandes ideales ante intereses mezquinos y convenciones acanalladas) que nada se puede hacer por redimir al hombre de su brutalidad primigenia: el hombre no tiene remedio, es un enfermo voluntariamente incurable, y morirá devorado por el cáncer del orgullo y del odio:

«Pero el mundo es así... querer sacarle de su quicio es también otra locura. Tal cual se le encontró, fuerza es dejarle que siga su carrera sin ventura: de los malos instintos despojarle no se conseguirá por desventura jamás al hombre, y seguirá la Guerra mientras existan hombres en la tierra»⁴⁵.

⁴⁴ *La ermita del Guadarrama*, págs. 69-70.

⁴⁵ *Los autómatas*, pág. 83. Ver también *La guerra*, págs. 18 y 43.